

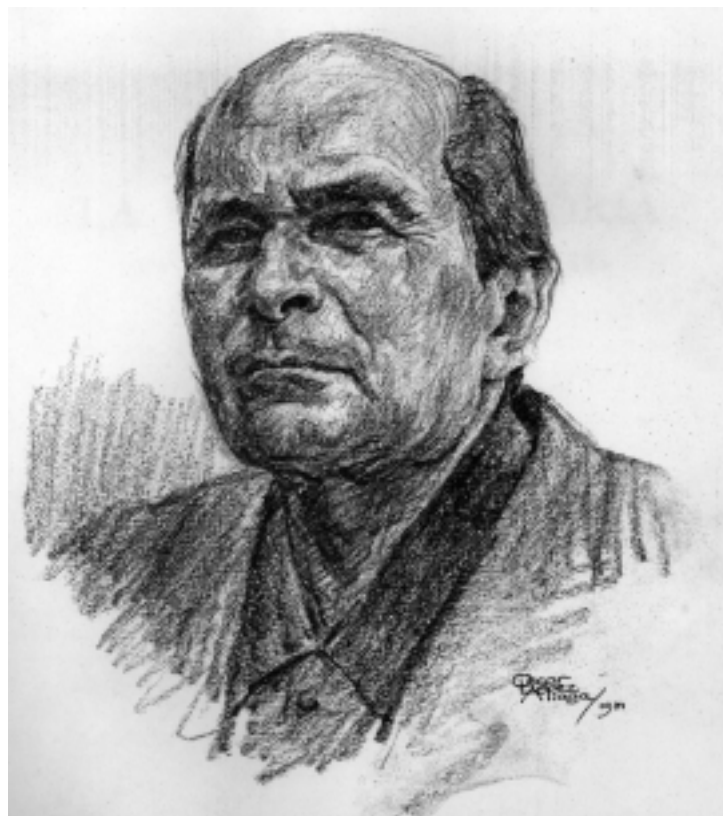
Hace cien años nació, en Tacna, el prolífico historiador Jorge Basadre Grohmann. Para rendirle el homenaje que se merece largamente, *ideele* invitó al historiador Carlos Contreras y al psicoanalista Max Hernández, quienes trazan las líneas maestras de su vida y su obra. A ellos, nuestro más sentido agradecimiento.

## La vida y la historia de don Jorge Basadre

Carlos Contreras

Fue un historiador de lujo para el Perú, y lo hubiera sido para cualquier país del mundo. Su capacidad de trabajo, su talento, la universalidad de su cultura, combinada con el dominio de varios idiomas, y su habilidad narrativa para comunicar con elegancia y claridad una idea novedosa, o un hecho desconocido de nuestro pasado, no son cualidades que se junten con frecuencia en una sola persona. Pero sí lo hicieron en este peruano nacido en Tacna, ese extremo dolorido de la patria, hace exactamente un siglo: el año de 1903.

Recordemos que dicho departamento se hallaba entonces "cautivo" en manos de Chile, como resultado de la guerra de 1879. Su infancia (hasta 1912, cuando la familia se trasladó a Lima) transcurrió bajo el clima de una sociedad que vivía la tensión de un futuro incierto, enfrentada al dilema de dos destinos nacionales opuestos.



Tomado del libro *La vida y la historia*.

El nacionalismo peruano debía vivirse como una fe clandestina. Falleció en Lima en 1980, y nos legó una obra enciclopédica sobre la historia de la República y sobre varios otros

ángulos de la historia y la cultura peruana.

Carlos Contreras, historiador, es profesor en el Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

### Un historiador de la República

En una reciente entrevista para la televisión, Jorge Basadre Ayulo, hijo del desaparecido historiador, mencionó que su padre gustaba de decir, en los últimos años de su vida, que su único mérito tal vez había sido culminar una obra en un país donde tantas cosas quedaban inconclusas. En efecto, la obra de Basadre despierta en quien la conoce ese sentimiento de solidez, serenidad y plenitud que solo adquieren las cosas definitivamente acabadas. Sin embargo, una visión así oculta los muchos meandros que tuvo su trayectoria intelectual, en la que, como es propio de pensadores de su vitalidad y talento, se interesó por temas y quehaceres variopintos, que luego no siguió explorando para concentrarse en la historia de la República.

Su vocación por ese periodo de nuestro pasado apareció precozmente. Graduóse de doctor en 1927 en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos,

con una tesis dedicada a la historia social de la República. Al año siguiente comenzó a dictar en la misma universidad la asignatura de Historia del Perú, ante la ausencia de José de la Riva Agüero, titular de la cátedra. Esta experiencia lo llevó a redactar su primera obra importante: *La iniciación de la República*, publicada en dos volúmenes: el primero en 1929, el segundo al año siguiente.

En el primero anunciaba un plan de redacción que debía cubrir el periodo que va desde la independencia a la Guerra con Chile. Si bien esta tarea no se completó en esta obra, puesto que el segundo volumen solo cubrió hasta los años de la Confederación Perú Boliviana, ya figuraba ahí la agenda de trabajo que don Jorge plasmaría en las décadas siguientes de su vida.

Confieso mi curiosidad y mi envidia por cómo un hombre, en un país de rumbos tan inciertos como el Perú, tuvo la disciplina y la tenacidad para realizar un proyecto de trabajo

diseñado en un momento tan temprano de su vida. ¿Nunca dudó de la pertinencia de su empresa? ¿Cómo así no se desalentó, cedió a otras tentaciones, o se distrajo en mil quehaceres de esos que a un intelectual le llueven como moscas en nuestro país?

En parte, ello en efecto ocurrió: viajó a Europa, donde trabajó en archivos que lo orientaron hacia otros temas historiográficos, aceptó la dirección de la Biblioteca Nacional en 1943, y fue dos veces ministro de Estado en la cartera de Educación, en las décadas de 1940 y 1950. Además, tuvo una participación destacada en la comisión que en 1931 reformó la Ley Electoral de la República, cuando solo contaba veintiocho años. Lo que hay que admirar en Basadre es cómo, a despecho de esas tareas, que aceptó como prueba de su compromiso con el país y el bien común, supo retornar siempre a la empresa que a la larga le sería más reconocida y le daría a su figura la perennidad de la que goza solo un puñado de hombres: la preparación de la enciclopédica *Historia de la República del Perú*.

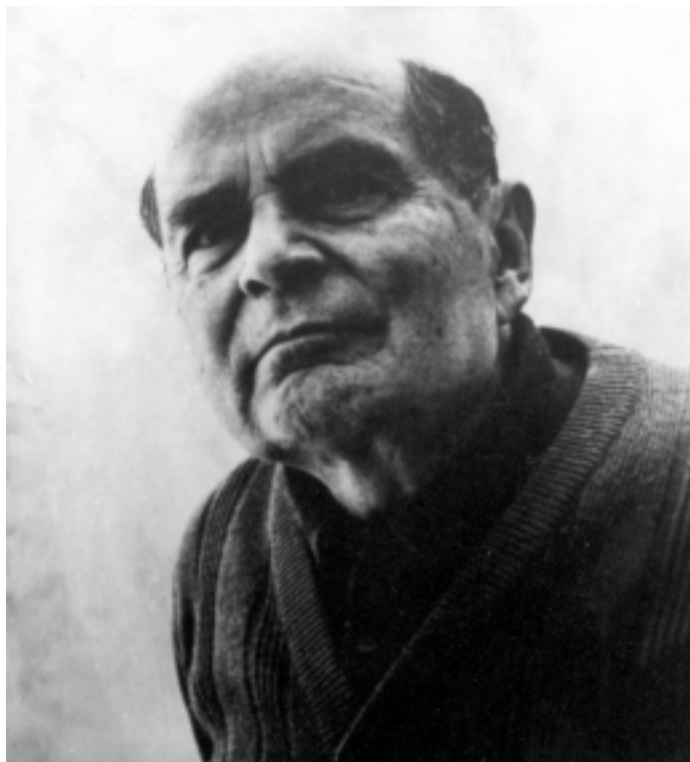
En 1929, simultáneamente a la publicación del primer tomo de *La iniciación...*, entregaría a la imprenta *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*, resultado de su lección inaugural en la apertura del año académico de 1929 en la Universidad de San Marcos, y dos años después, *Perú: Problema y posibilidad*.



En estas obras comunicaba las tesis y temas que desarrollaría más amplia y documentadamente en su obra posterior. Pasa revista ahí a asuntos hoy relanzados dentro de la nueva historia política, como nuestra elección por la República como fórmula de gobierno, desechando la opción monárquica constitucional; la opción por el unitarismo, en vez de las fórmulas federales que afloraron en los tiempos de la Confederación con Bolivia (1836-1839) y en otras coyunturas; el caudillismo militar; los debates constitucionales y su dilema por darle preeminencia al Poder Ejecutivo o al Legislativo; las elecciones nacionales y los partidos políticos.

La obra monumental de la *Historia de la República* tardaría, sin embargo, varios años en aparecer: hasta mediados de los años cuarenta, cuando salió a luz una primera versión, aún muy compendiada, que se desplegó en los diez volúmenes clásicos solo en los inicios de la década de 1960.

No hay muchas obras intelectuales en el Perú de la magnitud de la de Basadre. Por lo menos en términos cuantitativos. El *Diccionario histórico biográfico* de Manuel Mendiburu (que suma más de veinte volúmenes), publicado a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, podría acercarse, pero carece del aliento interpretativo y la continuidad entre sus elementos de que goza la obra del tacneño. Algo similar podría-



mos decir de los *Anales de la hacienda pública del Perú* (veinticuatro volúmenes publicados entre 1902 y 1921) de Dancuart y Rodríguez, que además resulta la suma del esfuerzo de dos hombres y no una tarea individual.

En los años treinta Basadre emprendió una etapa de viajes por Europa y Estados Unidos. Estuvo en Alemania, país cuya cultura siempre admiró, tanto por contar por línea materna con algunos ascendientes germánicos, cuanto por haberse educado en el Colegio Alemán de Lima durante la década de 1910. Pudo advertir los momentos iniciales del ascenso del nazismo, e incluso desarrollar un vínculo sentimental que casi lo insta a volver a dicho país, cuando en 1935 recibió de él una propuesta de trabajo. También pasó varios años en España, donde además de

envolverse en los debates que finalmente llevaron a la Guerra Civil del 36, frecuentó el Archivo General de Indias de Sevilla. Ahí se documentó para algunas valiosas incursiones en la historia colonial: un artículo pionero sobre la *mita* minera, publicado en la *Revista Histórica* (1937) y un sólido libro sobre *El Conde de Lemos y su tiempo* (1945).

En la vida de todo hombre suele presentarse un dilema decisivo: el momento de tomar una decisión que puede cambiar definitivamente el rumbo hasta entonces seguido. Para Basadre dicho momento se presentó en 1943, cuando recibió la propuesta de asumir la dirección de la Biblioteca Nacional, tras el incendio que la había afectado tan gravemente. Él estaba entonces haciendo maletas para dictar un seminario de Historia Latinoamericana-

na en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Acababa de cumplir los cuarenta años, la edad en que se inicia "el primer día del resto de nuestras vidas", y para él esta frase nunca habría parecido más cierta, *ad portas* de embarcarse en un empleo académico prestigioso, probable antesala de una posición más estable en los Estados Unidos, que le permitiría desarrollar tranquilamente y con los recursos necesarios la historia de la República del Perú que tenía proyectada desde hacía quince años.

En las reflexiones autobiográficas vertidas en su libro *La vida y la historia* (1975), Basadre subraya la emoción que sintió al hallarse frente a una decisión tan crucial. Y, como su familia en los inicios de 1900, optó por el Perú, encarpetando sus apuntes de curso y embarcándose hasta los huesos en la tarea de reconstruir la primera institución cultural del Perú.

### La apuesta por un "Perú occidental"

Si alguna idea o planteamiento hemos de rescatar de la obra de Jorge Basadre sobre la República, es su apuesta por la viabilidad de un "Perú occidental", a pesar de los escándalos, las derrotas y los periódicos hundimientos de la moral en

que pareció sumergirse. Dos grandes polémicas le tocó librar en este sentido. La primera fue contra un muerto, pero cuya obra había trascendido y encandilado a toda una generación, de la que el propio Basadre fue parte: Manuel González Prada. Don Manuel fue un poderoso icono intelectual que concitó una profunda admiración en los inicios del siglo XX entre la juventud ilustrada. Tras la derrota en la Guerra con Chile, su pluma dio a luz lacerantes condenas contra una República donde, como él lo dijera, doquiera que se presionaba el dedo brotaba el pus. Nada o casi nada escapó a su cáustica prosa: los partidos, las élites, la masa, los gobiernos, los intelectuales y los generales. Todo aparecía en su discurso como deleznable, mendaz y caduco. La historia del Perú independiente resultaba una sátira de la hediondez y la corrupción, donde lo único que se salvaba eran los indios y Miguel Grau; los primeros por inocentes, el segundo por morir con honor. A combatir esta imagen, que dominó el sentido común de la juventud radical de las primeras décadas del siglo XX, consagró Basadre su obra. "No hagamos de la historia de la República una versión de Alí Babá y los cuarenta ladrones", escribió en uno de sus primeros libros.

La segunda fue contra la nueva historiografía económica y social de corte marxista que floreció en el Perú desde finales de los años sesenta y sobre todo durante la década siguiente. Los nuevos historiadores, provenientes muchos de ellos de las nuevas disciplinas sociales, como la antropología y la sociología, reinterpretaron la historia republicana como un periodo "neocolonial", donde, desde la propia emancipación de la metrópoli española, todo pareció impuesto desde afuera. No éramos una comunidad nacional, sino apenas un país habitado, recordó alguno de ellos, citando a González Prada. Las clases dominantes no habían cumplido sino un papel de intermediación frente a los poderes extranjeros que nos subyugaban, careciendo por completo de un proyecto de país. La corrupción y la explotación de los trabajadores, y no la industria o el comercio, resultaban el origen de las fortunas, y sobre las divisiones de clase y raza que se extendían sobre la sociedad peruana, resultaba casi imposible erigir una comunidad de intereses que pudiese encarar el futuro.

También contra esta imagen lanzó Basadre, ya en una avanzada madurez, sus últimas obras. *El azar en la historia y sus límites* (1973) fue, por ejemplo, una respuesta a las tesis de Heraclio Bonilla y Karen Spalding sobre "la independencia concedida", como *Elecciones y centralismo en el Perú* (1980), la última obra que publicó en vida, un

**Si alguna idea o planteamiento hemos de rescatar de la obra de Jorge Basadre sobre la República, es su apuesta por la viabilidad de un "Perú occidental".**

intento de hacer pensable la política y hacerla aparecer con vida propia y no como un mero apéndice de los intereses económicos.

Como estudiante me tocó vivir estos últimos debates. En su momento, el "posicionamiento" de Basadre nos despistó. Aunque eventualmente se solidarizó con las nuevas corrientes (por ejemplo en las *Conversaciones con Pablo Macera*, publicadas en 1974, o en *Sultanismo, corrupción y dependencia en el Perú republicano*, 1979, un título demasiado subido en él y que al parecer no había autorizado), sus intervenciones fueron más bien de crítica a estos enfoques. Hoy resulta más claro por qué: aquellas interpretaciones del pasado republicano denunciaban los vicios, pero no proponían alternativas, o estas eran de tal envergadura que ya desfiguraban la imagen de la vida peruana.

Basadre abrigaba un nacionalismo clásico, construido alrededor del Estado; pensaba en esta institución como la que daba continuidad y sentido al devenir de las gentes que habitaban el país. Si, como señala Benedict Anderson, los historiadores, con sus trabajos acerca del pasado nacional y su reconstrucción de tramas, personajes y procesos asumidos como emblemáticos del país, figuran entre los grandes "inventores" de las naciones, no hay duda de que Jorge Basadre es uno de los peruanos a quienes le debemos el Perú. ▲